

los suyos á su lado, y desde las montañas, desde los bosques, desde las llanuras, los caciques y los guerreros, las mujeres y sus hijos, los sacerdotes y los ancianos, se agruparon en torno de Guacanajari.

—El extranjero,—exclamó,—es hijo del cielo azul, es grande, es poderoso. Acatadle, porque nos brinda su amistad.

Todos se inclinaron ante Colon.

¿Qué extraño es que Colon, al describir aquella escena, dijese á los reyes: «Tan amorosos, tan tratables y pacíficos son estos indios, que no hay en el mundo todo ni mejor país, ni mejores gentes. Aman á sus prójimos como se aman á sí mismos; siempre son sus palabras humildes y afables, acompañadas de una sonrisa, y sus modales son decorosos y dignos de aprecio?»

Guacanajari se retiró con los suyos, hospedando á muchos de los tripulantes de la *Santa María* en las mejores casas de su corte.

Dos dias despues fué á visitar á Colon á bordo de la *Niña*.

### Capitulo XIII

El Eden.

Colon estaba triste.

El naufragio de la *Santa María* era una pérdida irreparable.

Esto, unido á la desercion de Pinzon, habia abatido su espíritu.

Ocultaba á los suyos su desaliento, desaliento grande, porque aunque habia realizado más aún de lo que le habian prometido sus sueños, aunque todos los indicios demostraban que al fin habia llegado al germen de las riquezas que ambicionaban, viéndose con una sola embarcacion para volver á España, temia, ó que su descubrimiento quedase oculto para siempre por efecto de un nuevo contratiempo en el mar, ó que si llegase á saberse por los Reyes Católicos, toda la gloria de él recayese en Pinzon.



Los españoles, maravillados de cuanto veían en torno suyo, y ávidos de aumentar el tesoro que iban formando con los objetos preciosos que recibían de los indios, apenas fijaban los ojos en el almirante, ni tenían tiempo, alucinados por el presente, en pensar en su porvenir.

Pero Guacanajari, dotado de una gran penetración y de un alma en extremo generosa, observando á Colon con más curiosidad todavía que la que inspiraba su extraña figura á los europeos, notó la profunda tristeza que se había apoderado de su ánimo, y llegó á cobrarle un afecto tan sincero, tan grande, que su mayor deseo era calmar su pena, y todo cuanto tenía le parecía poco para agasajarle, manifestándole con sus agasajos la emoción, el interés que le inspiraba su tristeza, el afán que tenía de calmarla.

La abundancia de oro que al poco tiempo de sus relaciones con Guacanajari vió Colon á bordo de la *Niña*, desahogó un tanto su pecho y animó su abatido espíritu.

En cambio... mentira parece, pero es una verdad, y como tal debemos consignarla, de todos los objetos que habían llevado los españoles para trocarlos por oro con los indios, los que más agradaban á aquellas gentes eran los cascabeles.

Alegres y dichosos, el baile constituía uno de sus mayores placeres.

Con los cascabeles en la mano se agitaban bailando sus danzas populares, y el ruido que producían los entusiasmaba.

Materialmente perseguían á los marineros españoles, y les ofrecían oro por aquellos primitivos instrumentos de música.

Después de poseer un solo cascabel, se creía tan dichoso aquel indio, que hasta uno de ellos, después de haber dado un puñado de polvos de oro á un marinero por un cascabel, apenas le tuvo en su poder, como le consideraba una rica joya partió á refugiarse en los bosques, volviendo la cabeza con frecuencia, temeroso de que el español que había hecho el negocio con él se volviese atrás y le despojase de aquella alhaja.

Hallábase Guacanajari á bordo de la *Niña* cuando vinieron á contar á Colon este suceso, y al notar el efecto que producía la noticia en su alma, deseó saber cuál era la causa de su alegría, porque su único afán era verle feliz y dichoso.

Los intérpretes satisficieron su curiosidad, y Guacanajari aseguró á Colon por señas que no lejos del sitio donde estaban había entre las montañas un paraje donde existía tanto oro, que los naturales del país no le daban valor.

Y aún hizo más: le ofreció darle de aquel metal cuanto quisiera.

También aquella vez pronunció el nombre de Cibaó, y Colon volvió á confundirle con Cipango.

Viendo más animado al almirante, animóse también Guacanajari; comió á bordo con él y le invitó á que le acompañase á visitar su residencia al día siguiente.



Al volver Guacanajari á su córte, la alegría brillaba en sus ojos.

Ainaima, la esposa de Guacanajari, participaba de sus sentimientos, y uno y otro dispusieron al día siguiente para Colon y los suyos una abundante comida de utias, peces y varios frutos de la isla.

Terminado el banquete, condujo Guacanajari al almirante á pasear bajo las frondosas arboledas que circuian su morada, y los indios que iban en torno suyo, bajo los elevados y hermosos árboles, ejecutaron para alegrar al almirante juegos y danzas vistosísimas, poniendo en relieve la gracia de sus movimientos, dando una idea á los europeos de lo que más tarde, en nuestro siglo, habia de constituir uno de los bailes más en boga: la melancólica é insinuante danza americana.

Colon, que deseaba aprovechar todas las ocasiones para consolidar la idea de grandeza que habia inspirado desde el principio á los indios, queriendo que á su vez los españoles mostrasen nuevamente su poder á los súbditos de Guacanajari, mandó llamar á un castellano que habia servido en las guerras de Granada y era un diestro flechero, y pidió un arco y una aljaba morisca para que pusiese en evidencia su destreza.

El asombro de los indios fué grande al ver que con más seguridad que ellos todavía lanzaba la flecha el castellano.

Ya habian oido los disparos de las lombardas, y esto les habia aterrorizado.

Colon dispuso que algunos de los suyos disparasen los arcabuces, y los tiros y la precision de la puntería de los españoles inundaron de nuevo de un terrible pavor á los indios.

El mismo Guacanajari se estremeció.

—No temais,—les dijo Colon por medio de un intérprete.—Solo he querido mostraros el poder que los míos pueden ofreceros, la proteccion que pueden dispensaros contra vuestros enemigos. Ya veis que ante el fuego de nuestras armas se tronchan los más fuertes árboles: del mismo modo caerán los que atenten vuestra independencia.

Una sola palabra resonó en los lábios de los indios.

—¡*Turcy, turcy!*—exclamaron, lo que queria decir que aquellos hombres, que aquellas armas y su inmenso poder provenian del cielo.

Guacanajari, que no habia olvidado la aficion al oro de Colon, puso en su cuello una especie de collar formado con láminas de oro, y repartió varios objetos de este mismo metal entre los que acompañaban al almirante.

Al anochecer volvió Colon, como acostumbraba, á bordo de la *Niña*, en tanto que los indios se entregaban á las mayores muestras de alegría, porque ya no tenian duda alguna: el cielo habia enviado aquellos hombres para protegerlos, para aumentar su felicidad.

El bondadoso trato de Guacanajari, la afabilidad de los indios, las abrasadoras y cariñosas miradas



con que las indias pagaban los insignificantes objetos que recibían de los europeos, la virgen y fecunda naturaleza, el espectáculo de la vida indolente y feliz de aquellos seres que vivían apartados de la civilización, en una palabra, todo lo que veían, todo lo que les rodeaba, había despertado en la mayor parte de los compañeros de Colon un vivo deseo de no abandonar nunca aquel Eden.

Natural era que esto sucediese, porque todos los sueños de la fantasía, todas las delicias del Paraíso que se pueden imaginar los mortales, las hallaban allí.

¡Ah! si esto sucedía á los que habían formado parte de la expedición como voluntarios, cuánto no desearían permanecer en aquellas comarcas los que habían salido de los calabozos ó de las galeras buscando un subterfugio para librarse de la reclusión perpétua ó de la muerte próxima que les aguardaba como expiación á su crimen!

Estos veían allí la vida, una vida exuberante, feliz, llena de goces; y en España, pasado algún tiempo, si no alcanzaban el perdón, el calabozo de donde habían salido, la horca, cuya fatal influencia habían aplazado.

Los que no se encontraban en su caso comparaban su vida azarosa, llena de trabajos y de inquietudes, la triste necesidad de ganar el pan con el sudor de su frente, las agonías de un porvenir incierto, el peso del cumplimiento de sus deberes para con la familia, con aquella libertad, con aquellas riquezas,

con aquellas emociones, con aquellos placeres que les sonreían á unos y á otros, y ¡cosa extraña! comenzaban á sentir vivos deseos de quedarse en aquella isla sin que la voz de la patria hallase eco en su adormecido corazón.

Ninguno de ellos se atrevía á comunicar al otro sus deseos, pero no cesaban de prorumpir en exclamaciones.

—¡Qué lástima tener que abandonar este país!

—¡Cómo echaremos de menos en España lo que aquí dejamos!

—Después de ver esto, ¿quién no desea pasar aquí toda su vida?

Estas frases eran indicio de sus sentimientos.

Al fin y al cabo no pudieron menos de comunicarse unos con otros y resolvieron manifestar á Colon sus deseos.

Hasta los mismos Quintero y Rascon, que tanto habían sentido abandonar al puerto de Palos y confiar su carabela á Colon, hasta aquellos mismos hombres que en los comienzos de la expedición habían hecho lo posible para volverse á tierra, lamentaban profundamente la resolución que el almirante les había manifestado ya de regresar á España.

En cuanto á Alonso Velez de Mendoza, estaba completamente resuelto á no partir.

Se había unido, cediendo á la presión de las circunstancias, con Isabel Monteagudo, la temía más que á su propia conciencia, y prefería mil veces la muerte á vivir á su lado.



Identificados unos con otros, deseosos en su mayor parte de renunciar á la gloria que les esperaba en su patria como conquistadores de un Nuevo Mundo, prefiriendo á estos laureles las comodidades, los goces que allí tan á la mano tenían, resolvieron hablar á Colon.

Pedro Gutierrez hizo uso de la palabra en aquella solemne situacion.

—Todos,—dijo á Colon,—nos consideramos felices viviendo en esta tierra hospitalaria. Cuanto nos rodea basta para satisfacer nuestras necesidades y nuestros goces.

Los indios nos veneran, nos aman, serán nuestros esclavos; nos brindarán toda clase de placeres y por otra parte la *Pinta* ha debido perderse, puesto que nada hemos sabido de ella ni de sus tripulantes.

La *Santa María* está deshecha; ¿cómo hemos de volver á España en una embarcacion tan frágil como la *Niña*?

Pensadlo bien, almirante, nuestro deseo es quedarnos aquí siempre.

Dios sabe allí la suerte que nos aguarda; aquí ya lo habeis visto, podemos ser los más felices de los mortales.

—¿Y la patria?—exclamó Colon,—¿habeis olvidado por ventura que allí nos esperan los reyes, que no nos han enviado á que disfrutemos aquí de los beneficios que hemos hallado, sino á conquistarles tierras ricas y fértiles?

¿Y vuestros padres, y vuestros hijos, y vuestras esposas, y vuestros hermanos que piensan en vosotros, que en sus oraciones piden al Supremo Hacedor que se apiade de vosotros y que al ver que no tienen noticias vuestras viertan sin duda abundantes lágrimas?

¿No creéis que será mucho mejor volver á conquistar la gloria que allí nos espera, á estrechar en nuestros brazos á los seres queridos de nuestro corazón, que permanecer aquí entregados á la molicie?

De ningun modo; es necesario que volvamos á cumplir nuestros deberes.

Pero al mismo tiempo que se expresaba en estos términos, cruzó una idea por su mente.

El amistoso y pacífico carácter de los indios, el amor que habian despertado en su rey, inspiró á Colon el pensamiento de crear en aquella isla la primera colonia española.

—Vuestra voluntad,—dijo Pedro Gutierrez al oír la respuesta de Colon,—es para nosotros una ley que nos complacemos en acatar. Pero pensad que si abandonamos esta isla, tal vez cuando volvamos á ella ó vuelvan otros, hayamos perdido todo lo que hemos ganado.

—No partiremos todos. Algunos de vosotros os quedareis aquí,—dijo Colon.—Con los restos de la *Santa María* construiremos un fuerte; en él os alojareis; los cañones del navío os servirán para defenderos; os dejaré municiones y provisiones lo ménos para un año, y mientras yo regreso á España con la



mayor parte de vosotros, podrán los que se queden aquí explorar la isla, reconocer sus minas, adquirir grandes cantidades de oro, aprender el idioma de los indios, familiarizarse con sus costumbres y ser útiles de este modo á las nuevas expediciones que vengan aquí; porque no debeis olvidar que he tomado posesion de estas tierras en nombre de los reyes, que ya son tuyas, y que á vosotros toca defenderlas.

A partir de aquel momento, no pensó más que en realizar su idea.

Aquello era una transaccion con los deseos de los que le acompañaban; y comprendiendo que algunos debian sacrificar sus comodidades en aras del deber, se propuso buscar un medio equitativo para designar á los que habian de quedarse en la isla.

## Capitulo XIV.

### Fascinacion de Guacanajari.

Dispuso Colon, con gran alegría, que los suyos construyeran una especie de fortaleza en una altura que dominaba al mismo tiempo que el mar la isla, y mandó á los marineros que deshiciesen el casco de la *Santa Maria* y llevaran la madera á la costa, para construir con ella el castillo donde debian guarecerse los españoles.

Al informarse Guacanajari de los designios de Colon, al saber por los intérpretes que se proponia dejar á algunos españoles para defender á sus vasallos de las invasiones de los caribes, sus más mortales enemigos, su júbilo fué inmenso.

Los indios manifestaron igual satisfaccion, porque conservar á su lado aquellos hombres extraordinarios, y tener la seguridad de que no tardaria en